

CONTRAESPIONAJE

17

GILES JACKSON



COLECCION

Rastros

Nueva York estaba en silencio. La vida se había establecido a su ritmo ordinario. La fiesta que reunió para cenar a Bill Kerr, el autor, y su bella amiga refugiada, Ona, también fue tranquila, pero solo en la superficie. Pequeñas cosas, un cuidado de no dejar que nadie se pierda de vista, una palabra a medias y comprobada, mostraron la tensión subyacente. Nile Boyd, columnista del periódico y algo más que ni siquiera sus amigos sabían, lo siente y teme por su encantadora Joan. Una bala a través de la ventana no ayudó mucho. Pero lo que realmente desencadenó todo fue encontrar a Bill Kerr un par de horas más tarde con un agujero en la cabeza, una pistola en la mano y una nota de suicidio de despedida en su máquina de escribir. No tenía sentido y Boyd decidió actuar rápido.

CONTRAESPIONAJE

Giles Jackson

CAPÍTULO I

Uno de los neumáticos delanteros reventó súbitamente y el automóvil dio un brusco viraje en dirección a la acera. A pesar de mis esfuerzos para evitarlo, golpeamos violentamente contra el cordón. Joan dijo calmosamente:

—Muy lindo, Boyd. ¿Vas a tratar de arreglarlo? Ya debemos estar muy cerca de nuestro destino.

—Ya estamos en nuestro destino. ¿Ves aquel grupo de árboles? —señalé.

—¿Esos olmos enormes? Sí...

—Cross Court está detrás de ellos. Trataremos de llegar hasta allí, aunque sea a los saltos; de todos modos, la cubierta está destrozada.

Hice arrancar el motor, torcí el volante, y salí de Shore Road para entrar a una calle bordeada de arces. A nuestras espaldas, el oro pálido de un cielo de abril perdía su brillo por sobre las aguas verdosas; dentro de media hora caería la noche.

Pasó algo rugiendo por sobre nuestras cabezas, alejándose con rapidez. Era un aeroplano. Aun cubierta por las suaves pieles, Joan temblaba.

—¿Tienes frío, querida? —le pregunté.

—Ni un chiquito —me replicó. Al cabo de una pausa, su adorable voz agregó—: Parecen avispas esos aviones, ¿verdad?

Nos acercamos a la acera y detuve el automóvil.

Al pararse el motor, los sonidos que llenaban el cielo se multiplicaron en nuestros oídos. Los aviones que volaban

en círculos parecían hacer latir el aire mismo con el rugir de sus hélices.

—Es verdad que parecen avispas —comenté yo.

Eché llave al auto y nos dirigimos hacia la enorme entrada de Cross Court. Era este un enorme edificio. Ocupaba toda una manzana, y las manzanas en la Bahía Ridge son enormes.

Había allí jardines, una fuente, una pileta de natación, cancha de *bowling*, un gimnasio, restaurantes, médicos, dentistas, sastres, y ascensores automáticos.

El camino de piedras que rodeaba la fuente se hacía más angosto poco antes de que se llegara a la entrada principal, y una barrera de madera, que giraba desde el costado en que estaba la caseta del portero, nos cortó el camino. Pero, cuando estábamos a unos tres pasos de la barrera, brilló un delgado rayo de luz que procedía de algún sitio cercano y la barrera se apartó.

—¡Qué ingenioso! —comentó Joan, pasando antes que yo—. Es igual que en la estación Penn.

—Es un truco viejo ya —dije yo—. Muy viejo. No sé lo que va a sucederle a la civilización occidental...

En ese momento nos enfrentamos con un portero de llamativo uniforme, en el *hall* adornado de palmeras.

—Queremos ver al señor Kerr —dije— nos espera.

—Pase por aquí señor...

Entramos en un ascensor adornado de rojo y oro, oprimí el botón marcado con el número 6, se cerraron las puertas y comenzamos a elevarnos lentamente.

Miré a Joan.

No es ella muy alta, aunque lo parece por su apostura. Su cabello renegrido contrasta vívidamente con su cutis pálido y con sus rojos labios.

Lo que ella vio al mirarme fue: mi rostro, del que no hay mucho que decir, y una serie de cicatrices que lo adornan producidas por accidentes en las pistas de hielo, fuertes

golpes de puño, canchas de *rugby* y una explosión de una granada en España que desarregló un poco mis facciones.

Se detuvo el ascensor. Bill Kerr, de pie en el *hall*, sonreía dándonos la bienvenida. Parecía muy elegante.

—No me dijiste que tenía que vestir de *smoking*, pícaro —dije, señalando la perla que adornaba su pechera—; así que hemos venido con nuestras sencillas ropas de trabajo. Joan, este es mi amigo Bill. William, estréchale la mano a mi futura esposa.

—¡No seas absurdo! A las novias hay que besarlas —dijo Bill, y así lo hizo.

Nos abrió la puerta de su departamento y nos hizo pasar.

—¿Conocen ustedes a Hellen Watkins y a Philip Merkley? Ona les invitó a tomar un cocktail y nos están amenazando con quedarse a cenar.

Ona, que estaba sentada al piano, se puso en pie y nos sonrió. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que la había visto; lo que era muy natural, pues entonces había estado llorando. Era una joven de ascendencia holandesa y alemana. Hasta que Hitler subió al poder había sido una de las más eminentes artistas de las tablas berlinesas.

Liberal apasionada, abandonó Alemania en 1935 y vino a América en 1939. Durante ese lapso se había casado con un refugiado austríaco, dedicándose a la fotografía con el mismo entusiasmo que la había distinguido en el teatro. Su esposo estaba ahora en Florida y el divorcio era inminente. Bill estaba loco por ella.

—Hola, Nile —dijo ella, y, acercándose, me ofreció ambas manos. Le presenté a Joan y me pareció que simpatizaron de inmediato.

—Le presento a Hellen Watkins —dijo Ona, volviéndose hacia el diván— y a Philip Merkley.

Merkley era el autor teatral y Hellen crítica de arte. Se creía que vivían juntos en algún lugar de Brooklyn. No puedo decir que me agradara ninguno de los dos.

—¿Qué hiciste con los cocktails, holandesa?

—Están en la cocina, Bill —dijo Ona.

Bill trajo una bandeja cargada de ingredientes y de copas con bebidas.

Ona dijo, hospitalaria:

—Será mejor que se queden a tomar un bocado con nosotros. He cocinado una liebre...

—No podemos hacerlo —se lamentó Hellen—. Phil tiene una reunión esta noche, y yo todavía no he escrito mi artículo de los domingos. —Luego agregó, dirigiéndose a mí —: Tenía deseos de conocerle, señor Boyd.

—El deseo era mutuo —le aseguré.

—Pero realmente, yo quería conocerle para decirle que me gustan mucho los artículos que usted escribe sobre política internacional.

Traté de no cruzar la mirada con Bill, pero su rostro tenía en ese momento una fascinación especial para mí.

—¡Es un genio! —dijo Bill, solemnemente—. A menudo le pregunto de dónde saca todas sus ideas.

Bill estaba encendiendo un cigarrillo mientras hablaba. Recuerdo exactamente lo que siguió. Al encender el fósforo se encendió con una llama amarilla y, como si esta hubiera sido una señal, se oyó el ruido ensordecedor de los vidrios de la ventana.

Todos nos quedamos inmóviles. El agujero que se veía en la ventana a espaldas de Bill era elocuente. Miré hacia el cielo raso. La bala se había enterrado allí.

Una voz dijo, ásperamente:

—¡Al suelo! Arrójense todos al suelo. —Era mi propia voz y su efecto fue extraordinario.

Joan y Hellen se echaron en el diván, Ona se había arrojado al piso. Bill y Phillip Merkley estaban sentados sobre la alfombra y yo me dejé caer pesadamente al lado de Joan y la tomé de la mano. Estaba temblando...

—¿Tienen mucho de eso por aquí, Bill?

—¿Mucho de qué?

—Mocosos con pistolas de aire comprimido.

—¿Qué te hace creer que se trata de una pistola de aire comprimido?

—Es un agujero demasiado grande para ser una bala común. Debe tratarse de una bala de calibre 22. Además, no oímos la explosión del disparo. Apuesto a que alguien disparó desde la calle con una pistola de aire comprimido muy poderosa.

—Seguro que estaban en la calle —dijo Bill, entre dientes—. No hay nada en la parte de afuera de esta ventana desde aquí hasta el río, ni siquiera un árbol.

—En la cocina hay una ventana que da a ese lado, ¿verdad?

—Sí.

Me incliné un poco y me dirigí a la ventana, apagando la luz al mismo tiempo. Bill me siguió, preguntándome:

—¿Ves algo?

—No.

—Me parece que Ona se va a desmayar. Ha estado muy asustada todo el día... Ya te contaré. ¿Qué hacemos ahora?

Me puse en pie.

—Ahora nos portamos con mucha bravura —susurré—, porque desde la calle lo único que se puede herir es el cielo raso. Bajaremos la cortina y retiraremos la mesa a cierta distancia de la ventana. —Levanté la voz para que me oyeran todos—. Mejor será que baje uno de nosotros y le dé un reto al mocososo que está jugando con armas allá abajo.

Bill acompañó a Hellen y a Merkley que se retiraban en ese momento. Iría a cumplir mi encargo. Al cerrar la puerta detrás de los tres que salían, John dijo:

—Ona, debe usted permitirle que le ayude en la cocina. Podrías servirme otro cocktail, Nile, y uno para Ona.

Bebimos en silencio y, antes de que pudiéramos hablar nuevamente, retornó Bill. Tenía un periódico bajo el brazo.

—Te guardamos un cocktail —le dije—. ¿Tuviste suerte en la cacería?

—No había nadie abajo. Vi al encargado y le dije cuatro frescas. Mañana hará arreglar el vidrio.

Ona y Joan se fueron a la cocina para terminar de preparar la liebre.

Bill y yo retiramos la mesa de la ventana y bajamos las cortinas. Acomodamos las sillas y encendí un cigarrillo. El temblor de mis dedos me hizo dar cuenta de cuán nervioso estaba; Bill también lo notó.

A través de la puerta cerrada se oía la voz de las jóvenes, proveniente de la cocina.

—No vale la pena que comience a contártelo ahora —dijo Bill, súbitamente, en voz baja y rápida—. Ona volverá enseguida. Pero me alegro mucho de que estés aquí esta noche. No sé si creerlo o no, pero me parece que he averiguado algo de lo que tú quieres...

—¿Qué?... —Creo que salté de mi asiento.

—Podría ser —me dijo él—. Podría ser... ¿Sabes algo de fotografía?

Ona se presentó en la puerta y dijo alegremente:

—Creo que la comida está lista. ¿Está el cuchillo de trinchar en la mesa, Bill?

Nos sentamos a cenar.

Cenamos con apetito y Bill llenó constantemente nuestros vasos con un vino excelente. Pregunté a Ona cómo andaba el divorcio. Ella sonrió y dijo que conseguiría el divorcio dentro de dos semanas. Comenté:

—¿Ve ahora? La última vez que la vi estaba usted llorando porque creía que nunca lo conseguiría.

—La holandesa se siente cada vez mejor —dijo Bill, tomando con una de sus enormes manos la mano de Ona—. ¿No es verdad, holandesa?

—Por supuesto.

Él se volvió a mí, diciendo:

—Ayer tuvo una pesadilla a consecuencia de un susto que se llevó ayer.

(Vi que Ona se sonrojaba y pensé: «¡Qué absurdo! Es claro, seguramente que no ha venido sólo de visita para cenar con él, deben estar viviendo juntos. ¿Qué importa?»).

—Ayer vino un agente de la policía federal —estaba diciendo Bill—. Me gustaría haber estado aquí. Parece que se portó muy mal.

—¿Para qué vino? —preguntó Joan.

—Verás, Joan, la holandesa es extranjera. De tal modo tiene que cuidarse, pues su padre era alemán.

—Me dijo que debía entregar mi cámara fotográfica —interrumpió Ona con ira—. Y tú... —le señaló con un dedo acusador—... ibas a averiguar algo al respecto, y vuelves esta noche sin haber hecho nada. ¡Te olvidaste! ¡Qué hombre!

Desde el exterior nos llegaba el sonido de las sirenas de los barcos. Me puse triste, pues no podía pasar un momento sin tener que pensar en el mar y en los barcos, las luces del puerto reflejándose en las aguas oscuras y mi propio fracaso. Bill volvió a llenar mi vaso...

Aún la bahía Lower estaba atestada de barcos desde hacía algunas semanas: tanques, fleteros, y barcos de pasajeros convertidos en transportes. Se podía ver un grupo de ellos por la noche, y el mismo grupo iba creciendo día a día, hasta que una madrugada desaparecían todos. Otro convoy que había partido.

Lo peor del caso era que algo acechaba en las frías aguas verdes, entre Montauk y los Banks, algo que no podía comprender. Algo que sabía, con asombrosa certeza, la hora de partida y la ruta que seguirían todos los barcos y todos los convoyes.

¿Se trataría de un nuevo tipo de submarino con instrumentos supersensibles? Nadie lo sabía.

Al morir el sonido de la sirena, oí un curioso sonido, parecido al que produce una serpiente cuando se desliza sobre el piso...

* * *

Estaba yo sentado en la silla más cercana a la puerta; al dar vuelta la cabeza vi un fragmento de papel blanco por debajo de la misma. De un salto me acerqué a la puerta y la abrí de un tirón.

Rápidamente corrí hacia el ascensor, pero este bajaba ya. Volví al departamento.

Me incliné a recoger el papel que estaba en el suelo, cerré la puerta con llave y se lo entregué a Bill.

—Probablemente era un cobrador —dije, dirigiéndome a Joan.

Bill rompió a reír. Miraba el papel sin escucharme. Me lo entregó abierto y pude ver en él cinco palabras:

El señor Tennant está esperando.

—¿Es verdad eso? —pregunté, colocando el papel sobre la mesa—. ¿Y por qué infiernos el portero o el telefonista no te avisa por teléfono en lugar de venir de esa forma?

—Nuestro teléfono está descompuesto —me informó Bill, alegremente—, así que cuando alguien llama o deja un mensaje, Rudolph tiene que subir hasta aquí y pasarlo por debajo de la puerta.

—Ah. —Tomé un sorbo de coñac—. ¿Y Tennant? ¿Lo dejamos pasar?

—Seguramente que no —dijo Bill—. ¿Verdad, Ona? Hank Tennant es un buen amigo.

—¿Dónde está esperando?

—Nos está esperando —dijo Bill— en la taberna de Papá Joe, que es su favorita. Suele ir allí algunas veces y bebe hasta que se le termina el dinero, luego pide al mozo una moneda prestada y nos llama por teléfono para que le compremos más bebida. Es un individuo muy divertido; ya lo verás.

—Supongo que tendremos que ir —dijo Ona—. No me importa mucho este Tennant, pero Bill cree que es un buen muchacho.

Cinco minutos después salimos y Bill apagó las luces del departamento.

Durante toda nuestra conversación en el transcurso de la cena no mencionamos ni una sola vez el asunto de la guerra; precisamente porque predominaba en nuestras ideas, no lo habíamos hecho.

Para mí la situación era especialmente complicada, pues ni siquiera le había dicho a Joan que me había alistado. No sabía si Bill le había dicho a Ona que también él se había alistado. Esperaba que no, pues le había ordenado que no lo hiciera. Cuando uno trabaja en secreto para el Gobierno, debe guardarse el secreto aún con las personas más queridas.

Cuando salimos al exterior, yo dije:

—¿Hay algún *garage* cerca de la taberna de Papá Joe? Tengo que enviar a alguien para que arregle la cubierta de mi automóvil.

—Hay uno muy cerca —dijo Bill por sobre el hombro.

La taberna de Papá Joe estaba a cuatro puertas más allá de un cinematógrafo. En el letrero luminoso que colgaba sobre la puerta se veían las palabras enormes: «Joe Domenico», y desde el interior emergía débilmente el acorde de la música. Entramos por la entrada «familiar», al comedor privado de la taberna.

Era esta una habitación pequeña ocupada por media docena de mesas redondas. En un rincón había una cabina telefónica, y una puerta que daba directamente al restaurante principal y al bar, en el que resonaban los acordes de la música procedente de una *victrola*. Un enorme perro de pastor estaba echado frente a la cabina telefónica. Su trailla estaba asegurada en el respaldo de una silla. Bill dijo:

—Allí está el perro de Hank, así que él no estará lejos. ¿Dónde nos sentamos, querida?

—Aquí no más —dijo Ona, y se dirigió hacia la más oscura de las mesas.

Un italiano de oscuro rostro se nos acercó sonriendo afablemente.

—¿Un poco de *whisky*? —nos preguntó.

Cuando asentíamos casi simultáneamente, se oyó una voz sonora y profunda que decía desde la entrada:

—¡Hola, pequeños!

—Traiga uno para el señor Tennant —dijo Bill, mientras se ponía de pie.

El hombre que se nos unió un momento después tendría de treinta y cinco a cuarenta y cinco años. Era imposible juzgar su edad con más certeza. Su cabello, suave y oscuro, coronaba un rostro lleno de humorismo, en el que predominaba una nariz ligeramente desviada y una recia mandíbula prominente. Daba la impresión de ser un hombre activo y despiadado. Bill dijo:

—Hank nunca se lo dirá, por lo tanto, lo haré yo. Él es la Estrella del Oriente. El Muchacho Blanco de China. El San Cristóbal del camino de Birmania...

Tennant hizo un ademán amenazador con su brazo derecho y rio.

—Hablas demasiado —fue eso todo lo que dijo.

El camarero trajo las bebidas. Bill elevó su vaso brindando:

—¡Muerte y destrucción! —todos bebimos.

—Tennant acaba de volver de China. Ha estado bombardeando a los japoneses hasta que le voltearon el aeroplano y se fracturó la cintura —dijo Bill.

Los fríos ojos de Tennant se fijaron en mí:

—Lo he visto a usted en alguna parte —comenzó a decir lentamente, luego sonrió, agregando con rapidez—: Por supuesto. He visto su retrato en la cabecera de uno de sus artículos. Muy bien. —Me ofreció la mano, que yo tomé. Era tan dura como el hierro.

—Me alegro mucho de conocerle —dijo—. Hace sólo un mes que he vuelto, pero he leído desde entonces todo lo que usted ha escrito. Me gusta mucho.

—¿Estuvo mucho en China?

—Lo suficiente. Tres años.

—¿Cómo estaban las cosas cuando salió de allá?

—Muy confusas. ¿Vuela usted?

—Me gustaría mucho. Lo único que he hecho fue trabajo de observación en el año 1937, por los alrededores de Madrid.

—¿De veras? Yo estaba por allí en aquella época. Pertenecía al equipo de Eddie Turner.

Le miré con respeto pues ese equipo había sido uno de los mejores. Creía que habían desaparecido todos, pero aquí tenía a uno de ellos.

Tennant dirigió en ese momento una mirada a Joan. Era una extraña mirada, parecía como si concentrara toda su hombría en sus ojos.

El efecto fue devastador para mí. No sabía qué reacción había producido en Joan, pero la mía era mucho más fuerte. Comencé a enfurecerme y para evitar posibles ulterioridades, le dije a Joan, suavemente:

—¿Quiere usted bailar conmigo, señorita Adams?

Mientras bailábamos, estrechados amorosa mente, oímos a Ona que gritaba asustada. Al volvernos la vimos en el mismo sitio donde estaba sentada y Hank Tennant, inclinándose sobre la mesa, le tapaba la boca con una mano. Tomando a Joan de la mano nos acercamos a la mesa y yo pregunté suavemente:

—¿Ha asustado algo a Ona, o está enferma?

Tennant le quitó la mano de la boca, volvió a sentarse en su silla y, mirándome sonriente, replicó:

—Señaló a la ventana hace un momento y gritó. —Se volvió a Ona—. ¿Qué le pasó, querida? ¿Por qué se asustó? No quise ser rudo, perdóneme.

Joan y yo, de pie al lado de la mesa, esperamos la respuesta. La joven nos miró a todos, dirigió la vista a Tennant, y luego la volvió hacia mí. Estaba temblando.

—Fue una estupidez —dijo, con voz clara y firme—. Vi una cara en la ventana.

—¿Qué clase de cara? —preguntó Tennant.

—Una cara terrible. La vi sólo un momento, luego desapareció. —Se acomodó en la silla y me miró fijamente—: Nile, vea si hay alguien, ¿quiere usted?

La calle estaba casi vacía y los únicos peatones visibles se acercaban en lugar de alejarse. Volví al interior y le dije a Ona:

—*Spurlos versenkt* —y me di cuenta de que Tennant me miraba sorprendido al oír mis palabras—. ¿Dónde está Bill? —agregué.

—Debe estar en el baño —dijo Tennant.

Fui a mirar pero no lo hallé. Se me ocurrió que quizá hubiera ido al *garage* para arreglar respecto a mi cubierta. Me dirigí al *garage* para cerciorarme. Un negro alto y delgado estaba limpiando un poderoso *Cadillac* de color gris. Cuando le hablé sacudió la cabeza y señaló con el pulgar hacia la oficina. Allí encontré a un hombre de aspecto horrible, tenía ojos pequeños y enrojecidos, una barbilla de gorila y una barba roja que cubría las mejillas.

—¿Conoce usted al señor Kerr, de Cross Court? —pregunté, abruptamente.

—No. —Sus ojillos de cerdo me estudiaron con insolencia.

—¿Arreglan ustedes neumáticos?

—Sí.

—Mi auto está frente a Cross Court. Se reventó una de las gomas delanteras. ¿Puede usted enviar a alguien para que la cambie por la de repuesto?

Pensó un momento y al fin dijo:

—Seguro. Le costará dos dólares. Por adelantado.